

ARRESTADO POR UNA NEGLIGENCIA

Durante el mes de noviembre del segundo año de la gran guerra que enfrentó en el siglo XIX a los estados del sur ya los del norte de los Estados Unidos cierto joven cirujano fue asignado a un hospital cercano a Washington, la capital del país. Una mañana de lluvia, mientras se dirigía hacia la cama de un herido, se le acercó un ordenanza y lo detuvo.

-¿Es Ud. el Dr. Jason Wilkins? -le preguntó.

-Sí, señor.

-Lo lamento, doctor, pero tengo que arrestarlo y llevarlo a Washington.

Jason miró al ordenanza con aire incrédulo, y le dijo:

-Ud. se equivoca, amigo. El soldado sacó del bolsillo de su chaquetilla un sobre pesado que entregó a Jason. Este lo abrió con cierto temor leyó:

"Muestre esto al cirujano Jason Wilkins, del regimiento N ____.

Arréstelo y tráigalo ante mí inmediatamente.- A Lincoln".

Jason palideció.

-¿Qué pasa? -preguntó al ordenanza.

-No se lo pregunté al presidente. Salgamos en seguida, por favor, doctor -replicó el soldado secamente.

Asombrado, Jason partió rumbo Washington. Recordó todas las pequeñas contravenciones que había cometido. Al llegar a su destino, se lo encerró en una casa de pensión por una noche. Al día siguiente, a las doce, el ordenanza lo llevó a la Casa Blanca. Después de una hora de espera, apareció un hombre por la puerta del despacho del presidente y llamó: ¡Dr. Jason Wilkins!

-¡Presente! -contestó Wilkins.

-Por aquí -y Wilkins, después de seguirlo, se encontró en una sala cuya puerta se cerró detrás de él.

En la sala no había más que un nombre, pero ese hombre era Lincoln. Sentado ante su escritorio, fijó sus oscuros ojos en el rostro de Wilkins -un rostro fresco y joven, a pesar del temblor de las rodillas.

-¿Es Ud. Jason Wilkins? -preguntó el presidente.

-Sí, Excelencia -replicó el joven cirujano.

-¿De dónde es oriundo Ud.?

-De High Hill, estado de Ohio.

-¿Tiene Ud. parientes?

-Únicamente mi madre.

-Sí, únicamente una madre. Bien, joven, ¿cómo está su madre?

-Bueno... bueno... no sé -balbuceó Wilkins.

-¡No sabe! -rugió Lincoln-. ¿Y por qué no sabe? ¿Está muerta o viva?

-No lo sé -dijo el doctor- A decir verdad, hace tiempo que no le escribo, y no creo que ella sepa dónde estoy.

Lincoln golpeó con uno de sus grandes puños sobre el escritorio y sus ojos traspasaron a Jason Wilkins.

-Recibí una carta de ella. Supone que Ud. murió, y me pide que averigüe dónde está sepultado. ¿No sirve ella? ¿Es de mala ralea? ¿Eh? ¡Contésteme, caballero!

El doctor se enderezó un poco y dijo: -Es la mejor mujer que haya vivido alguna vez, Excelencia.

-Sin embargo, ¡Ud. no tiene razones para tenerle agradecimiento! ¿Cómo obtuvo Ud. su educación de cirujano? ¿Quién le sufragó los gastos? ¿Su padre?

-No, Excelencia -contestó Wilkins sonrojándose; mi padre era un pobre predicador metodista. Mamá juntó el dinero, aunque yo trabajaba para pagar casi todos mis gastos de pensión.

-Bien, ¿y cómo junto ella el dinero?

Los labios de Wilkins se pusieron tensos.

-Vendiendo sus cosas, Excelencia.

-¿Qué cosas?

-Mayormente cosas viejas; sin valor, excepto para los museos.

-¡Pobre loco! -dijo Lincoln-. ¡Miserable gusano! Los tesoros de su hogar... vendidos... uno tras otro... para Ud.

De repente, el presidente se levantó y señalando con su índice largo y huesudo hacia su escritorio, dijo:

-Venga acá y siéntese, y escriba una carta a su madre.

Wilkins se acercó obediente y se sentó en el sillón del presidente. Tomó una pluma y escribió una esquelita formal a su madre. –

Póngale la dirección y démela -dijo el presidente, y añadió, levantando un poco su voz severa:

-Y ahora, Jason Wilkins, mientras esté en el ejército, escriba a su madre una vez por semana. Si lo tengo que reprender otra vez por este asunto, lo haré comparecer ante una corte marcial.

Wilkins se levantó, dio la carta al presidente y se quedó esperando órdenes. Finalmente, Lincoln se volvió hacia él.

-Hijo mío -le dijo amablemente-, no hay en el mundo cualidad mejor que la gratitud. No puede un hombre encerrar en su corazón nada más ruin y bajo que la ingratitud. Aun el perro aprecia la bondad y nunca olvida una palabra amable o el hueso que se le dé. Lincoln volvió a hacer una pausa, y luego dijo:

-Puede irse, hijo mío.

Huelga añadir que el doctor reconoció la justicia de las severas palabras del presidente, y en seguida se puso a reparar para con su madre el aparente olvido en que la tuvo antes.